

Entrevista a Bruno Winograd

Francisco Kadic

Sociedad Argentina de Psicoanálisis

Hoy, 20 de julio, día del amigo, me genera una alegría enorme poder entrevistar al maestro que después se convirtió en maestro y amigo, y que ahora es más amigo que maestro. Es un verdadero gusto tener esta charla.

En principio me gustaría que me cuentes sobre lo que llamamos “el origen”, tu historia, que es muy particular y que tu discreción habitual ha hecho que durante muchos años nosotros, algunos muy cercanos a vos, no la supiéramos. Lo otro que me parece importante, es tu peculiar entrada en el psicoanálisis, por la pluralidad, la diversidad y la amplitud en la que te formaste y que sigue siendo uno de tus atributos reconocidos junto con la capacidad de discriminar o articular teorías. Por último, algunas ideas propias y algunas tareas que realizaste en esta carrera de psicoanalista que ha sido y es tan fructífera.

El origen

B. W.: Antes que nada, para mí también es especial este día del amigo, porque Francisco para mí es mucho más amigo que todas las otras cosas, casi diría que en los últimos años fue –con discusiones, acuerdos y desacuerdos– una de las relaciones... es que a esta altura de la vida, a uno le cuesta hacer nuevos vínculos de mucha intimidad, y para mí este es uno de mutuo diálogo, chisme y confianza.

En cuanto al origen. Vos sabés que yo soy inmigrante, llegué a Argentina a los catorce años. En cuanto a lo que fue el contexto, mi historia personal no tuvo los matices violentos, pero los vi. En 1997 me hicieron unas entrevistas sobre el holocausto, del grupo de Spielberg. Me preguntaron por qué creía yo

que me salvé. Dije que había varias causas, en primer lugar, hubo un factor azar: sobre 800.000 judíos quedamos 500. Europa Oriental era toda una cuestión. Un segundo motivo fue que los judíos concentrados en la capital, si bien muchos fueron enviados a campos de concentración, no sufrieron los *pogroms* y los ghettos que sufrieron los del interior.

F. K.: ¿Hablamos de la capital de Rumania?

B. W.: Sí, de Bucarest. Y lo tercero fue mi padre, en realidad tendría que ponerlo en primer lugar. Mi padre era un hombre con una enorme capacidad para vivir y sobrevivir. Tenía una gran capacidad intelectual, era muy querido, pero además era un ejemplo.

Papá era ciudadano polaco y Polonia estaba en guerra con Rumania, entonces se dio cuenta de que los intereses de los polacos eran representados por un país neutral que era Chile (yo ni sabía qué era Chile). Papá consiguió que la embajada de Chile le diera un papel diciendo que estábamos bajo la protección de la embajada - creo que eso muestra un poco su capacidad - . Era ingeniero químico recibido con medalla de oro, la nota máxima, en Bélgica. Su fuerte eran las matemáticas y los cálculos industriales, y construyó una fábrica (en la cual había tres dueños), donde él era el líder máximo: el ingeniero, gerente, todo, pero no era el dueño (estaba habilitado, ganaba muy bien). Construyó la fábrica en una ciudad del interior de Rumania que es donde yo nací. A mis cuatro años, papá y los dueños se mudan a Bucarest y trasladan allí la fábrica (que es la segunda fábrica textil del país, con más de mil obreros). Con la guerra, dos de los dueños, que son judíos, se escapan: uno a Estados Unidos y el otro a Brasil. El tercer dueño, un armenio cristiano, se queda con la fábrica, con mi padre. Los fascistas rumanos y los nazis exigen que a mi padre se lo expulse (por judío), pero el dueño armenio dice que si expulsan a mi padre, se quedan sin la fábrica, que él no la puede manejar porque ese ingeniero es un hombre imprescindible. Ya que es imprescindible, le dicen que nombre un doble que sea el gerente oficial y que lo tenga con sueldo y todo porque sin él no puede marchar la fábrica (yo tengo algunos papeles de esa época). Así que papá se queda dirigiendo la fábrica con un tipo que le pusieron, una especie de títere, y el armenio lo protegía muchísimo.

Pasamos la guerra, los bombardeos, y un momento muy difícil para nosotros fue (porque con la guerra nos arreglábamos en refugios) cuando en el año

1944 Rumania estaba siendo muy bombardeada por los aliados. Los rusos habían bombardeado al principio y los rumanos luchaban al lado de los alemanes en el frente ruso. Cuando el ejército hitleriano comienza a ir para atrás, empiezan los bombardeos a Bucarest. Nosotros nos vamos a una huerta, una gran quinta que tenía la fábrica, donde papá armó un refugio (porque a los judíos no nos dejaban ir muy lejos), y ahí andábamos hasta que hubo un gran bombardeo en esa zona y volvimos a la capital. Paseábamos por los sótanos de un almacén que había y cuando venía el bombardeo nos íbamos allí. Pero en el año 1944, el rey, aprovechando que los alemanes estaban muy distraídos en el frente, da un golpe de Estado con su regimiento de guardia (una especie de granaderos a caballo, pero que tenían tanques, era un regimiento muy completo que cumplía la función de guardia del rey). Con esa guardia y una serie de políticos antinazis que estaban en reserva, da un golpe de Estado el 23 de agosto de 1944. Rumania se da vuelta y les pide a los alemanes que se vayan. Los alemanes no tenían ejército, así que los rumanos toman todos los grupos alemanes que hay, pero desde el aeropuerto (como Rumania no tenía aviación), los alemanes comienzan a bombardear la ciudad (con las stukas, que eran unos aviones con sirenas), y ahí nos pasamos unos tres días en el sótano. Mi padre, que era un optimista inveterado, sin embargo, dijo: “Si los alemanes ocupan acá, nos tenemos que despedir realmente porque no tenemos salvación”. Pero resulta que los alemanes no ocuparon y los rumanos toman el aeropuerto. Después de unos días, el rey da la orden a los rumanos que combaten contra los rusos para que dejen las armas y dejen avanzar a los rusos que llegan a Bucarest y nosotros los recibimos como liberadores (además papá hablaba ruso, hablaba un montón de idiomas, mal, pero hablaba un montón).

A partir de 1944 o 1945, se empieza a conectar con sus parientes en Argentina (él tenía tres hermanos varones y una mujer en Argentina, también un hermano en Israel, todos más jóvenes; de diez hermanos, papá era el segundo. Pero por la guerra, a toda mi familia europea la exterminaron de distintas maneras, pero no vamos a entrar en eso). Entonces, él se empieza a conectar con mis tíos de acá. Papá estaba solo en la fábrica porque los dos socios judíos se habían ido por los nazis y el armenio se fue cuando los comunistas empezaron a participar del poder. Mi padre estaba bien porque el líder comunista era el jefe del Consejo Económico Nacional y lo engancharon a mi padre (ciudadano polaco, judío) como máximo experto industrial del país, incluso lo mandaron de delegado a hacer arreglos en Egipto, Palestina, Siria y el Líbano, con lo cual

él demostró que si lo mandaban, volvía. Y ahí empezó a pedir permiso porque quería ir a la Argentina.

Hizo todos los papeles (yo estaba enojadísimo).

F. K.: No te querías ir.

B. W.: No, yo tenía mis amigos, estaba muy adaptado al país. Y en el año '47 nos fuimos. Primero a París. Papá tuvo una úlcera, pero, una vez operado de la úlcera en París, vinimos. Primero a Uruguay. Claro! no vinimos como pobres refugiados porque mi tío tenía varias propiedades en Punta del Este. Yo estaba encandilado con mis tíos, tenían autos último modelo. En Rumania, mi papá era un tipo muy sobrio. Y bueno, llegué a Uruguay y nos hicimos los papeles para venir a Argentina (yo ya tenía el problema de la rodilla).

F. K.: ¿Qué problema?

B. W.: Un problema en la rodilla que me había empezado en esa época, antes de emigrar. Y bueno, me atendieron, estuve enyesado, di todo el primario libre, en la cama. Después entré a un secundario, después al Moreno y en el Moreno me empecé a adaptar a lo que era Buenos Aires. Por supuesto, en los primeros años yo era muy buen alumno, pero después empecé con la “rata”, la “rabona” y todas esas cosas.

F. K.: Antes de pasar a tu vida en Argentina, hoy a esta altura de tu vida y con la experiencia que tenés como psicoanalista, el tema de los bombardeos, ¿qué huella te parece que deja esa experiencia?

B. W.: Una vez yo dije algo que medio lo tomaron a la ligera, pero en lo cual creo profundamente. Mi padre, permanentemente daba ánimo a todo el refugio, y cuando yo dije que entendía la teoría de Kohut cuando habla de la *imago* idealizada del padre, me hicieron gestos. Pero a papá, cuando los tipos en el refugio le preguntaban cómo seguía la cosa, él decía: “No saben apuntar bien, no va a pasar nada”. En el pueblito en que nos habíamos refugiado hubo un bombardeo tremendo y mi padre me ponía algodón en los oídos, pero las bombas pasaban arriba. Y como yo vi que todos estaban aterrorizados, le pregunté a mi padre: “Pa, ¿nos vamos a morir?”. A los ocho años, tener a alguien, un adulto que te asegure... yo lo viví. Yo tenía mucho miedo, pero mucho menos con mi

padre al lado, que además se dedicaba a darme ánimo. Además era un tipo que tenía polenta.

Viajando de Bucarest a París tuvimos un incidente. Cuando dejamos la zona rusa de Austria para entrar en la zona americana el tren se paró en la frontera. Había un pelotón de soldados soviéticos que empezaron a revisar todos los papeles. Mi padre iba con un chico con problemas de rodilla, con mamá, con la mamá de mamá, que era una señora mayor y él mismo, con su úlcera, que no andaba muy bien. Entonces, miran todos los papeles y le dicen que le falta el sello del comandante soviético de Viena. Mi padre hablaba ruso, según él, a la perfección, y yo le creo, era el único idioma que hablaba bien, porque los demás los destruía (pero hablaba ocho idiomas: rumano, ruso, polaco, francés –que lo había estudiado en Bélgica–, alemán, hebreo). Y le dicen que tenía que bajar con todas las valijas (esto me lo cuentan ya que yo estaba en el compartimento con mi madre) y él nos indica: “Cierren con llave”. O sea que mis crisis de angustia deben haber empezado ahí. Después nos contó que le empezó a decir al soldado: “Yo conozco el corazón ruso, no creo que un ruso me haga bajar a mí con un chico y demás”, y el soldado le devolvió los pasaportes. Bueno, ese era mi viejo, un líder, un caudillo amado por sus empleados.

Ese recuerdo del tren ha sido muy traumático. Y el del bombardeo, el de ese bombardeo en el pueblito, porque otros bombardeos sonaban más lejos, pero acá, las bombas caían al lado.

F. K.: Y vos, ¿cuántos idiomas hablás?

B. W.: En algún momento hablaba cuatro, no, tres. En el momento de la migración hablaba: alemán en casa (porque mi madre era austríaca), rumano en la escuela (era mi idioma oficial, porque no puedo decir materno), además hablo francés desde los ocho años, lo aprendí en la escuela.

En París no me notaban como extranjero porque hablaba francés. El tema es que como aprendo rápido, también me olvido rápido, y al no practicar, el francés se fue quedando, y el alemán, como ya no está mi mamá... por supuesto que puedo hablar en alemán con los alemanes. Yo diría que ahora hablo dos idiomas y medio, porque el rumano lo olvidé totalmente; si hablo cuatro palabras, ya se me mezcló con el castellano. Por supuesto que si viviera unos meses en Bucarest me vuelve, porque como diría Chomsky, la estructura profunda está. Y de chico sabía bastante hebreo y ruso, me hicieron estudiar bastante.

F. K.: Castellano para nada, o sea que cuando llegaste...

B. W.: El castellano lo aprendí así: mamá, en París, tomó dos profesores de la Berlitz School que eran españoles republicanos inmigrantes y venían al hotel a enseñarme español. Era terrorífico porque me obligaban a estudiar español; me decían: "Esto es un lápiz. ¿Qué es esto?", hasta que yo terminaba diciendo: "lá-piz". Había tomado unas clases de un republicano en Bucarest, pero con estos dos catalanes... Entonces, cuando llegué a Montevideo le decía a mi tío: "«Io» me llamo Benzión Winograd", y al poco tiempo hablé. Y como al poco tiempo de llegar me tuvieron que enyesar para tratarme lo de la rodilla, me llevaron a la quinta de mi tío y escuchaba todas las radionovelas de la tarde. De ahí salí hablando castellano. Hablaba bien, hablaba argentino, hablaba español, el examen lo di sin problemas y en el secundario me cargaban por la "r".

F.K.: ¿El tema de la rodilla fue un accidente?

B. W.: No, fue una infección que me dejó una artritis residual.

F. K.: Pero eso no te impidió ser un voleador tremendo en la red cuando jugábamos al tenis.

B. W.: Más o menos. Yo creo que ahí tuvo muchísimo que ver el análisis. Con el asunto de la rodilla, yo no hacía deportes, sufría por la rodilla.

F. K.: ¿Y cómo te insertaste a estudiar en Argentina? Un inconveniente físico, el idioma... Porque tu modo de aprender es llamativo...

B. W.: Como dije, di el primario libre. Cuando me sacaron el yeso, hice un año incorporado al Moreno; di segundo año libre, y tercero, cuarto y quinto en el Mariano Moreno. Terminé el Moreno, más o menos en el '52. Un amigo íntimo ve que yo puedo seguir medicina. Yo iba a seguir ingeniería, para lo cual no tenía ni aptitudes ni nada, pero como mi papá era ingeniero y yo lo admiraba mucho... y mi amigo me convence de que puedo seguir medicina, y me doy cuenta de que eso me atrae (yo me tenía poca confianza por la parte manual, yo no soy bueno para las manualidades, tenía miedo porque en medicina hay que operar y todo eso). Terminé el secundario, entro a la facultad.

F. K.: ¿Ahí comienza la política...?

B. W.: Ahí simpatizo con el Centro Universitario de Medicina, el CUM, el centro "oficial" de la facultad. Era muy bravo porque era un centro muy vinculado al peronismo de derecha, a Arce, y a todo lo que fue la línea más conservadora y reaccionaria dentro de la misma. Y fue naciendo un centro universitario donde estaban radicales, socialistas, la izquierda, los comunistas... En ese centro, yo no me animé a afiliarme de entrada, pero simpatizaba, y cuando viene la revuelta del '55, entro y lo conozco a Antonio Barrutia, que venía de estar preso y que era el delegado de mi año en el CUM...

F. K.: ¿En qué año de la carrera fue?

B. W.: Yo estaba en segundo o tercer año. Ya ahí empiezo a militar en política universitaria y me integro al MUR (Movimiento Universitario Reformista) donde estaba Antonio, Baron Horne, Aldo Melillo, todo un grupo que podría llamarse el ala izquierda; después las cosas fueron cambiando. Y con el MUR entramos al centro de estudiantes de medicina, lo copamos todos los que habíamos estado fuera de él, y el centro de estudiantes se transforma en una estructura mucho más democrática, reformista, humanista y la gente fascistoide, el peronismo de derecha, desaparece.

En el centro de estudiantes conozco a los psicoanalistas, porque un sector del centro de estudiantes, en el cual yo también estaba (y estaba David Rosenfeld, Dito Kalina y muchos otros), ya tenía contacto con el psicoanálisis, y traen a la facultad a Arnaldo Rascovsky, Ángel Garma, Arminda Aberastury y Pichon Rivière para que den clases a los estudiantes de medicina. Ahí tengo mi primer contacto, escucho a los psicoanalistas.

En algún momento se arman grupos para hacer terapia de grupo entre toda la gente que iba a las clases y que militaba. Yo me anoto en un grupo, voy unas tres sesiones, pero no me engancho y dejo. Sigo militando y finalmente salgo consejero de la facultad en el año 59, donde la delegación éramos Antonio Barrutia, Julio Popovsky y yo como titulares. Y durante esa época tengo una decepción porque no me va bien en una materia y eso me pone bastante mal. Tenía la impresión de que podía haber habido alguna represalia, porque yo era militante político universitario, aunque eso no tuvo mayor relevancia. Pero estaba angustiado y Baron (Horne), me dijo si quería analizarme. Le dije que sí, y me dijo que acababa de venir a Buenos Aires un republicano español, Jaime

Tomás, y lo fui a ver allá por el año '59 y me cayó bárbaro. Me propuso hacer grupo con él, cosa que hice, y me enganché tanto con el grupo que terminé interesándome por el psicoanálisis.

En los años de mi análisis individual con Carlos Mario Aslan, después del grupo, empecé, lentamente, a hacer psicoterapia con pacientes. En un paciente que tuve con un problema clínico, yo vi el aspecto emocional y ya empecé. Por otro lado, hice el curso de médico psiquiatra, lo terminé y tuve la suerte de que el año que lo hice, fue el único año que Goldenberg tuvo a cargo la cátedra. Y fue el año que Rascovsky tenía dos grupos de estudio: uno los lunes y otro los jueves. Los jueves estaban todos los que eran una especie de discípulos-pares de él: Susana Ferrer, Aslan, Jorge Winocur, Jorge Vilar, Gilberto Simoes, los Goldstein, y otros. Todos ellos estudiaban cosas: antisemitismo... en fin, las cosas de Rascovsky. Y tenía el otro grupo, más joven, aunque no fuera cronológicamente, en formación, los lunes. En el grupo de los lunes, llamado grupo Numberg porque se estudiaba la obra de Numberg (por supuesto que era un recurso para que Arnaldo pudiera desarrollar sus ideas), estaban Antonio Barrutia, Carlos Kaplan, Rodolfo D'Alvia, Samuel Arbiser y otros. Y en un momento, al grupo de los jueves se le ocurre armar una institución para enseñar el psicoanálisis como disciplina básica. Todavía no podían entrar los psicólogos a la APA, y había psicólogos y médicos que no tenían turno para el didáctico. Y ahí nace la Escuela de Psicoterapia. En el consultorio de Arnaldo.

Algunos de los del grupo del lunes, salen del grupo de Numberg porque empiezan su formación didáctica en APA, y a otros, que no teníamos hora de didáctico y demás, se nos ocurre ser la primera camada de alumnos de esta escuela, donde íbamos a tener de profesores a algunos de nuestros amigos y colegas. Yo entro en la escuela y hago una experiencia muy rica porque tenerlo a Varon, que era amigo mío, de profesor de Freud... Yo terminé los tres años de la escuela y casi simultáneamente, Carlos Mario me pregunta qué voy a hacer con mi carrera analítica. En ese momento yo le había pedido hora a Jaime Tomás, que no tenía hora, pero le pido a Arnaldo, y él sí tenía hora. Mi análisis con Arnaldo comienza allá por 1965 y me llaman enseguida de la escuela para ver si no quiero ser profesor, ex alumno-profesor. Después entraron D'Alvia, Picollo y todos los demás, pero el primero fui yo, y la verdad es que me fue bien.

A fines del '66 me caso, recibí el título de médico psiquiatra, lo que me hace tomar en psicoterapia a algún paciente psicótico, hacer algún curso de psicofármacos, eso a mí me abrió mucho el panorama.

Y la Escuela de Psicoterapia tiene un conflicto con la APA, porque en la

APA, en algún momento recelan y suspenden como docentes en el Instituto a Susana Ferrer y a Carlos Mario (eso fue de una arbitrariedad brutal, porque querían hacer una especie de limpieza ideológica, decían que iban a enseñar el psicoanálisis fuera de ámbito, pero después eso se diluyó y la escuela siguió).

F. K.: Creo que inesperadamente, esto está aportando datos históricos que son poco conocidos en el ambiente de las instituciones de hoy. Todas estas vicisitudes tuyas para entrar en el didáctico, la lista de espera, que mientras tanto hacías esta otra formación. Además de tu historia privada, estás dando datos de primera mano, testimoniales, de cómo funcionaban las instituciones psicoanalíticas en aquella época, cosa que mucha gente no conoce. Algunos sabemos de oídas, los poderes que se jugaban. Este tipo de datos no son muy conocidos, así que son un aporte agregado.

B. W.: Vuelvo un poco a algo que había empezado y quedó ahí. De mi análisis con Arnaldo, que fue en la época de mi matrimonio, de mi primer hijo, hay una sesión que yo la tengo muy registrada porque fue una sesión donde hablamos de mi problema de rodilla, que me había traído complicaciones, y Arnaldo me dijo: “Yo creo que vos tenés una inhibición brutal que te ha llevado a que uses la rodilla para no moverte, más allá de las limitaciones que vos puedas tener”. Yo había tenido toda una historia previa con el asunto de la rodilla. Cuando me sacaron el yeso, el consultor ortopédico me propuso hacerme una artrodesis (yo tenía una limitación parcial de la rodilla). Estaba por recibirme, entonces me dice: “Usted, como médico va a tener que andar, con esto se le terminan los problemas”. Voy con el tema de la artrodesis al grupo...

F. K.: Aclaremos que la artrodesis es la fijación de la articulación, porque vos habías perdido algo de la movilidad de la rodilla.

B. W.: Entonces, Jaime me dice: “Pues mira, acá se siente que tú te quieres fijar la rodilla”. “Pero, Jaime, le digo, no soy yo, me lo dice el ortopedista”. Al terminar la sesión le pregunto qué hacer, y él me dice: “Pues ve a Rosario y velo a Marótolí (un ortopedista que era decano de la facultad de medicina de Rosario; es que la mujer de Jaime, Pola, era rosarina y Jaime había dado clases en Rosario)”. Y Marótolí me dijo: “que no había que apurarse tanto”. Yo ya tenía análisis individual y Carlos Mario me dice: ¿cuál es el apuro?

En el grupo había dos amigos míos que ya eran psicoanalistas, pero que

además eran ayudantes de microbiología. Y había venido un americano, un microbiólogo que era director de un hospital y ellos le hablaron de mi caso. Él decía que esas cosas allá las movilizaban.

Mi familia tenía una familia amiga, los Pitiagorsky, y el hijo del que era de la camada de mi padre y de mi tío, se había formado como ortopedista (había sido practicante en el mismo hospital que yo), y yo decido verlo como alguien de confianza. El tipo me acompaña y habla con este hombre, el norteamericano y después me dice: "No, no, lo que él dice no va para vos". Había que inmovilizar. Con lo cual yo podría decir que los que me salvaron la rodilla fueron mis dos analistas. Y tiempo después, en una sesión con Arnaldo, me empieza a hablar de la agresión y que había que ver si yo no me respaldaba en la rodilla para no moverme. Y probé correr, y corrí, con mis limitaciones, claro, pero corrí varias cuadras. Fui a jugar vóley en el club Nahuel, o sea que empecé, con mis límites, mi rodillera y mi rodilla. Por eso, ahí, la tarea del análisis fue absolutamente revolucionaria en mi vida individual, es uno de los motivos por los cuales yo apuesto tanto al método, a la experiencia concreta.

Terminé la escuela, terminé el curso y entré en APA. Antonio ya entraba a tercero, había una serie de colegas conocidos que ya estaban en cuarto. Y al poco tiempo de entrar a APA, más o menos en la misma época, fui (ya en primer año de APA, en el año 67) a mi primer congreso, que era en Copenhague.

F. K.: Te hago una pregunta. ¿Notás alguna diferencia entre este tipo de psicoanálisis o de psicoterapia psicoanalítica que activamente te ayudó de esa manera y los métodos o los modos que se enseñaban en APA en esa época? ¿Había alguna diferencia? ¿Había alguna ortodoxia en APA, distinta?

B. W.: No, no mucho, porque mis profesores de primer año fueron: Nora Bisi (en Freud), Cesio (en técnica), Ricardo Avenburg (en historiales). En primer año había dos grupos, es que éramos muchos. En mi grupo estaban Guillermo Rinaldi, Juan Carlos Suarez, Julia Braun, Miguel Matrajt, o sea que era un grupo grande de gente con mucha experiencia. En el otro grupo estaba Bleichmar, Colombo... era gente muy formada la que entraba a APA en ese momento. Me importaba la nota, estudiaba muchísimo.

Pero no, yo no notaba que en APA hubiera rigidez. Porque en APA la enseñanza era bastante pluralista en ese momento. Imaginate que en segundo año yo tuve a Regí Serebriany, que era una kleiniana, blegeriana rioplatense, a Charly Paz, que era analizando de Pichon y de Liberman, y fue uno de mis

supervisores antes de mi supervisión oficial; en tercero lo tenía a Liberman; en cuarto la tuve e Mimí Langer, a Bleger, o sea que tuve una serie de profesores muy interesantes y muy ricos.

F. K.: Lo que decimos los de mi generación, los que estudiamos con ustedes (con vos, con Antonio, Augusto, Vicente, Eduardo), los que nos formamos con ustedes, es que ustedes estuvieron con ese grupo de autores, algunos muy destacados, de primera línea. Y algo que nos diferencia es que el grupo de ustedes, estuvo en contacto directo con ellos (con Liberman, con Bleger, con Pichon).

B. W.: No, con Pichon no. Él ya no estaba en el candelero, ya lo habían sacado de la APA.

F. K.: Te interrumpí cuando me dijiste que ibas a ir al congreso de Copenhague porque quería, más que nada por una cuestión de transmisión institucional, de formación psicoanalítica, que es lo que nos ocupa mucho como institución, quería saber, entonces, si estas intervenciones que te hicieron tanto bien, podrían haber chocado con alguna mentalidad ortodoxa, pero evidentemente, ya me lo aclaraste, no fue así.

B. W.: No, porque por ejemplo, ¿qué pasó en primer año? En primer año íbamos a tener en historiales clínicos a Jarast. Viene al primer seminario y muere después. Y en el primer seminario con Ricardo ya empezamos a trabajar la obra de Freud. La cosa con Ricardo era muy agradable, muy estimulante. Me acuerdo que alguna vez alguien le dijo: “En el caso Dora, Freud no se dio cuenta del fenómeno llamado transferencia”. Entonces, Ricardo contestó: “Comenzó a darse cuenta del fenómeno de la transferencia”, porque sino es como si tuviera que saber todo desde el vamos.

Y con Liberman... el otro día me invitaron a hablar en APdeBA sobre realidad, y me acuerdo que con Liberman hice una monografía sobre la realidad.

Con Bleger me pasó algo que podría calificarse de divertido. En cuarto año, el grupo se achicó (no me acuerdo si ya se había ido la gente de Documento... no, no se había ido, porque lo tuve de ayudante a Tito Schust, que después se fue con Documento; después de que terminé cuarto año se fueron, ahí se armó la gran escisión en APA), pasaron de dos grupos a tres de ocho. Ahí yo estaba con Mario Jaite que después fue mi amigo de toda la vida, Fanny Barenblit, y tuvimos a Bleger.

Con Bleger fue un descubrimiento de la psicopatología, y estaba tan enganchado con él que decidí hacer mi monografía del seminario sobre un tema de Bleger (había que hacer una monografía por año). Mi tema fue la “nosografía psiquiátrica-psicoanalítica”, pero yo no terminaba la monografía. Yo supervisaba con Jaime Tomás, que en ese momento era el presidente de APA, y hablé con él para preguntarle si no iba a haber problemas, hablé con Betty Garma (es que en ese momento estaban muy exigentes, y justo se estaba produciendo la ida de Plataforma y Documento, con todos sus cuestionamientos, entonces no se daba por aprobado el seminario hasta no entregar la monografía. A mí eso me sirvió mucho porque estudié cualquier cantidad, por algo hoy en día me dedico al diagnóstico, a la nosografía). El tema es que cuando hay que armar el *roster* de la APA se discute qué van a hacer con Winograd, porque no podían poner “egresado” del seminario, ya que para ser egresado tenía que tener la monografía, ni hablar de egresado del instituto, que había que terminar los seminarios y las dos supervisiones. Yo tenía todo terminado menos la monografía. Entonces, ¿qué se les ocurre? Ponerme en cuarto año, o sea, como si yo repitiera el año. Entonces, más de uno de los docentes muy “psi” a los que yo había jodido bastante durante el año, me preguntaban: “¿Y qué te pasó!?” –con ironía– “Nada, fue una regresión psicológica, estoy repitiendo el año”. Y terminé la monografía con Bleger, y como me enganché tanto, le pedí a Bleger seguir trabajando con él.

F. K.: Los dos supervisaron con Bleger, Antonio y vos.

B. W.: Antonio y yo quedamos “culo y calzón” en un montón de cosas, pero con una paciente teníamos dos perspectivas totalmente opuestas. Yo la veía como una paciente difícil. Bleger sacó un pizarrón y puso de un lado: “La paciente que ve Bruno”, del otro lado: “La paciente que ve Antonio”. “Bruno ve el sector infantil, Antonio ve el sector adulto, donde ha podido procesar unos cuantos conflictos y demás, y donde está con ciertas posibilidades adaptativas, pero no es que uno y el otro no estén”. Salimos de ahí y dijimos que ese lugar lo íbamos a cultivar porque el tipo era un sabio. Antonio lo había tenido de profesor en Freud. Realmente, fue una pérdida personal, murió a los cuarenta y nueve años, con seis libros publicados.

F. K.: El trabajo del criterio diagnóstico de Bleger, cuando yo fui adjunto tuyo, era uno de los textos que más dábamos. Yo lo seguí dando después, durante años, en mis seminarios, y creo que al día de hoy lo vuelvo a dar.

B. W.: Sí, Bleger realmente era un tipo excepcional.

F. K.: Sabiendo que te vas a olvidar de alguien, durante tu formación en APA, ¿quiénes dirías que fueron los pensadores que más influyeron en vos? No pido fidelidad sino lo que te vaya apareciendo.

B. W.: Liberman influyó mucho más por los textos que yo leía que por las clases, pero el modelo de él me empezó a impactar mucho. A Liberman yo le pedí supervisión oficial, pero no tenía horas. La hice con Mom, estuvo bien. La primera la hice con Jaime. El otro tipo que me impresionó fue Bleger. Mira, Liberman y Bleger, que no estaban en mi línea de análisis (yo me había analizado con gente analizada por Garma: Jaime era analizado de Garma, Carlos Mario también). Y en mi última época tuve analistas de la línea de Pichon. Sin embargo, los que en mí teóricamente impactaron fueron Liberman y Bleger.

F. K.: ¿Vamos al tema de tu primer Congreso?

B. W.: El año del primer congreso, que fue en 1967 en Copenhague, Arnaldo organizó un charter (me acuerdo que por U\$ 344), entonces yo ahí junté el primer congreso con la luna de miel. Como estaba recién casado, hice un viaje por Italia, Inglaterra, Dinamarca, después anduve por Bélgica y terminé en París. En ese viaje, lo conozco a Félix Schuster (el primo de mi mujer). Félix era un filósofo marxista que había sacado una beca del Conicet y Onganía, digamos los militares, se la sacaron e inmediatamente el British Council se la repuso. Entonces se fue a Londres donde estudiaba lógica con Bernard Williams en el Bedford College. Fuimos con Nidia, y yo tuve un enganche con Félix de entrada. Y Félix ya se estaba interesando por algunos problemas metodológicos del psicoanálisis, estaba muy interesado por la epistemología en las ciencias sociales y en psicoanálisis. Entonces ahí nos prometimos que si él volvía a Buenos Aires íbamos a estudiar algo juntos. Viene a Buenos Aires, se organiza un grupo con Harold Hammond, que dentro de los seminarios era uno de mis más amigos, estaba Julio Marota, Diana Etinger, que después se hizo lacaniana, estaban Julia Braun y Mariano Dunayevich. Con ellos armamos un grupo para estudiar epistemología con Félix. Y ese grupo produce un trabajo que se llamaba “La conciencia en la obra de Freud”, que fue publicado en la Revista Argentina de Psicología. A mí eso me despertó cierto interés por la epistemología. Félix era un tipo muy distendido, muy interesado por el psicoanálisis como modelo,

claro que esa es también la época de la ruptura de la APA, porque en el año 70 se va un núcleo de APA que adhiere a Plataforma Internacional, que era un movimiento contestatario que cuestionaba las instituciones por excesivamente adaptadas al sistema. En este grupo de Plataforma se van: Emilio Rodríguez, los García Reinoso, Ulloa, Rafael Paz y algunos candidatos. Había otro sector de gente, que también cuestionaba cosas, y no le gustaba cómo la APA había cuestionado a los de Plataforma, entonces sacan un documento y la APA (Mom era presidente en ese momento) les contesta que la manera en que distribuyeron el documento era una manera de masificación, entonces se arma un lío entre los que firmaron un documento y la APA. La cuestión es que los que firmaron el documento, el noventa por ciento, sienten, registran, que es un momento político y que ellos no pueden quedar atrás, y deciden seguir a Plataforma. Para mucho de nosotros, eso significó una pérdida de colegas muy valorados: se va Julio Marota, con el que yo estaba en el grupo de estudio, también Kaplan, Melillo y Scornik, que eran íntimos amigos de Antonio. Antonio no quiere irse, no le parece adecuado, y ahí es donde nos unimos mucho él y yo. Yo quedo sin una serie de gente con la que vengo trabajando mucho: Diana Etinger, Julio Marota, y Antonio queda sin sus amigos. Pero al mismo tiempo, en APA surge un movimiento cuestionador a nivel de los candidatos que toma el nombre de Asamblea de Candidatos. La Asamblea de Candidatos tenía tres núcleos: un núcleo que no estaba tan de acuerdo con tanto movimiento, pues era más cercano a la APA tradicional, otro núcleo muy rebelde, donde estaba Augusto y alguna otra gente; y otro núcleo cuestionador pero ordenado, que es el mayoritario y el que maneja la Asamblea (cuyas autoridades eran Vicente Galli, Eduardo Issaharoff y Valentín Barenblit). Y la Asamblea plantea una serie de proyectos de cambio a nivel de miembros, también planteamos una serie de cosas y ahí se da una experiencia que a mí me marcó bastante. Creo que tuvo que ver con algunas cosas que yo pensaba sobre el psicoanálisis institucional, es decir, yo también quise participar en la búsqueda de nuevas alternativas. Entonces se me ocurrió que el Centro Racker era un núcleo que podía tener un poco más de envergadura, vuelo y demás. Como uno de los líderes del movimiento universitario de mi época era Carlos Canitrot, un tipo que había iniciado la cátedra de salud mental, que había tenido un master en salud pública en California, y además era un tipo sumamente creativo, le pregunté si él no podía armar algún proyecto con el Centro Racker para transformarlo en un área de difusión de lo que podía ser psicoanálisis, sociedad y demás. Carlos se interesó y yo llevé eso a la comisión que iba a estudiar el Centro Racker; se empezaron

a discutir las cosas y finalmente se nombró una subcomisión que éramos Antonio, Mom y yo (yo supervisaba con Mom y él se entusiasmó mucho con el proyecto), pero eso no prosperó y a mí me decepcionó bastante porque Carlos hizo todo un proyecto, dijo que podía ofrecer una institución como APA en su área de influencia en Buenos Aires...

F. K.: ¿Qué era? ¿Algo asistencial o más que eso?

B. W.: No, era asistencial pero era ver con qué recursos se contaba y qué tipo de asistencia era operativa, Carlos lo pensaba por ese lado. Pero no, le cuestionaron los honorarios. Esto tuvo algo que ver, y es historia conocida, porque en la APA se armó un movimiento para tomar el poder, una especie de coalición, y a mí me invitan a participar. Pero yo digo que no porque no participé desde el comienzo, si quería participar de alguna cosa debía estar desde el comienzo. De política institucional algo yo sabía, aunque no psicoanalítica. Y se arma la primera elección, donde por muy pocos votos, esta coalición le gana al otro grupo que tenía una modalidad que pretendía ser más tradicional.

F. K.: ¿Quién fue el presidente de esta coalición?

B. W.: Jaime Szpilka. Entonces empieza un conflicto en APA entre los dos grupos, donde yo y mis amigos, que ya veníamos del grupo de candidatos (Vicente Galli, Issaharoff, Antonio), ya teníamos una especie de jerga juntos; empezamos a estar en el medio y en algún momento tuvimos un enfrentamiento, pero no quisimos hacer una cosa escisionista.

En ese momento teníamos convergencias y divergencias con la comisión directiva, pero con la otra lista también las teníamos. Lo curioso fue que a muchos de nosotros nos habían llamado las dos listas (aunque a mí me llamaron de una y me querían dar un cargo importante en el Racker, pero no acepté). La cosa fue que decidimos juntarnos entre nosotros y armar un grupo de reflexión, que fue el nacimiento del grupo Cabello, una experiencia que para mí fue sumamente gratificante porque me encontré con colegas con los que podía discutir. Lo otro que sucedió fue que, a través del contacto con Félix, me empecé a interesar por la epistemología y después con él estudié la obra de Marx, después éramos tres, Harold, Augusto y yo, y Harold se enojó por cómo estudiábamos, así que quedamos Augusto y yo. Tiempo después organizamos un curso de epistemología en APA y ahí fue cuando empecé mi contacto con Klimovsky.

F. K.: Además de este contacto con la epistemología, es reconocido tu interés por la epistemología, este estudio desde Schuster, Klimovsky, todos los libros en los que tenés colaboración, la fundación de ADEP, todo eso es conocido, es una de tus características. Pero en otras áreas, ya maduro, ¿qué dirías sobre cómo te fuiste formando con este pluralismo que se te reconoce, porque podés hablar de franceses, norteamericanos, ingleses, obviamente de latinoamericanos? ¿Cómo armás este conjunto de pensamiento por el cual sos reconocido?

B. W.: Yo creo que (esto lo puse en el libro sobre la obra de David) hay algo que formaba parte de lo que podrías llamar mis creencias básicas sobre el psicoanálisis. David sostenía, en general el grupo de Pichon, los Baranger, Bleger... en eso coinciden con distintos léxicos, que la experiencia analítica es bipersonal (asimétrica, con silencios, pero claramente es bipersonal; un “intercambio” entre dos que hablan). De la *talking cure*, nadie negaría eso. La estructura teórica en general, las teorías se arman a partir de cómo funciona el psiquismo de un sujeto, aunque estudien la transferencia, la experiencia de satisfacción y demás. Y eso que es la teoría de un sujeto y una práctica de una relación de dos, trae muchas dificultades metodológicas al psicoanálisis. Hace que muchas veces se trasladen las teorías de uno en este intercambio de dos, y hay un hiato; eso me pareció una de las cosas que yo registraba. Entonces, ¿cómo se disminuye el hiato que proponían David, Bleger, los Baranger y Pichon?: creando teorías más cercanas a la experiencia clínica, que de algún modo fueran teorías sobre lo bipersonal y no solamente metapsicologías. Por ejemplo, la teoría del campo es una teoría bipersonal. La teoría de la dramática de Bleger (eso está mucho en uno de los artículos de hace dos años) a través de una experiencia un poco frustrante, pero la conocí.

F. K.: ¿Cómo fue?

B. W.: Como la obra de Bleger empezó a tener algún alcance internacional, Nasio hizo traducir *Simbiosis y ambigüedad* al francés, también lo tradujeron al inglés, el *International Journal* quiso tomar un trabajo de Bleger del '69 que publicó en la revista uruguaya; después la APA lo republicó en 2002, que para mí es uno de los mejores trabajos de Bleger, que se llama *La praxis psicoanalítica*, y pensaron traducirlo al inglés, pero para eso había que hacerle una introducción de alguien y Ricardo Bernardí, que era miembro del comité del *Journal*, me eligió a mí (eso me llevó meses ya que tenía que armar una introducción a la

obra de Bleger). Ricardo me hizo correcciones porque yo no respeté las nuevas normas de poner el llamado al pie y la bibliografía... me mandó un montón de cosas, y yo casi largo, pero hice un esfuerzo... Al final le tuve que pedir a Lili Fudin que me hiciera un armado con los llamados al pie justos, la bibliografía justa, etc. ¡Yo escribo! ¡Qué sé yo! Como me sale. Al final lo mandé y Ricardo estaba contentísimo, pero Robert Michaels lo bochó, dijo que no era para un público anglosajón. Me bocharon trabajos para los que me rompí bastante. Ricardo quedó muy sentido porque lo rebotaron, pero eso es habitual. Mi trabajo sobre psicoanálisis rioplatense, que fue texto de varios seminarios, fue rebotado en el congreso de Chile por los lectores brasileños. O sea que evaluando trabajos, los psicoanalistas son uno de los grupos más cerrados y limitados, funcionan con la lógica de "lo que no conozco, no es cierto".

F. K.: Entonces, hace unos años...

B. W.: Volvamos sobre lo que decía. Está el problema de la relación con la teoría, que no tiene el grado de implicación bipersonal que tiene la práctica, y entonces Pichon, Bleger, Liberman y los Baranger buscan teorías que cabalguen más sobre la experiencia: los Baranger, la del campo; en Bleger, la dramática. Bleger hace una magnífica diferenciación, en este último trabajo. Es cuando uno dice que la sexualidad produce tales y tales cosas, la agresión... pero si uno absolutiza, entra en una situación unitaria, en cambio, la dramática es una explicación mucho más relevante porque apunta a la relación entre dos. O sea, la dramática es bipersonal, el campo es bipersonal y la teoría de la comunicación es bipersonal. Por eso yo pienso que en psicoanálisis es difícil que haya una escuela, una teoría que sea definitiva, porque hay que ver cómo cada una se articula con la experiencia. Entonces, la idea de un modelo abierto donde las teorías funcionen como modelos parciales que dan cuenta de algunos problemas, pero no pueden dar cuenta de todos. Por eso a mí me interesan tanto las distintas teorías, pero no porque quiero hacer una especie de eclecticismo absoluto. Yo creo que una de las ideas más interesantes es la de Bleichmar. ¿Por qué? Porque creo que él desabsolutiza la motivación; hay sexualidad, hay narcisismo, hay apego, entonces puedo tomar a Winnicott porque ha trabajado muchos aspectos del apego, a Bowlby, a Fonagy, a Kohut, porque Kohut ha trabajado muchos aspectos del narcisismo. Cuando desde el narcisismo, Kohut quiere verlo todo, ahí se absolutiza.

Entonces, yo creo que el pluralismo no es una postura ideológica, sino me-

todológica, y es muy difícil que en una disciplina como esta haya una versión que supere a todas (al menos por ahora). Creo que entre los psicoanalistas esto es muy poco aceptado. Se habla del pluralismo, ¿pero qué quiere decir “pluralismo”? Yo creo que “pluralismo” quiere decir que no hay una teoría suficiente que dé cuenta de todos los fenómenos emocionales o psíquicos, que cada teoría puede dar cuenta de algunos problemas, y que cuanto más se articulen las distintas teorías (lo cual no quiere decir hacer una sumatoria acrítica), va a haber más posibilidades de explicar las vicisitudes de esa relación bipersonal que es la relación analítica, la cual está produciendo más cambios, incluso en la teoría. Por eso, me parece que el pluralismo no es una actitud ideológica.

F. K.: Quedó claro. Yo usé la palabra “pluralismo”, pero me parece que quería decir esto que decís vos, no juntar teorías...

B. W.: Yo le digo a la gente de nuestra Comisión Científica y demás, que es interesante hacer la experiencia, de leer el panel sobre inconciente del congreso de México (es un panel de cuatro personas a las que les preguntan qué piensan sobre el inconciente, si hay algunas novedades sobre la teoría del inconciente). Y un mexicano que, para mi gusto, pone los puntos sobre las íes y dice: ¿Vemos unificación sobre el concepto...? ¿Cuál es la noción de inconciente en la identificación proyectiva? ¿Dónde está en el de “la madre suficientemente buena”? O sea que el concepto hay que re trabajarlo, reformularlo en múltiples contextos, no está hecho. El alemán Bohleber también habla de distintos modos de los analistas de abordar la cuestión... Entonces, ¿es un pluralismo ético o es una comprobación práctica de que un concepto que es básico tiene una polisemia extensísima? Está bien, eso no nos impide trabajar con las personas en sesión. Pero si queremos armar la teoría, tenemos que ver qué ingredientes tiene el inconciente en la clínica actual, que se ha diversificado, complejizado, que incluyó narcisismos, los *borderline*, las impulsiones, las psicosis y las múltiples combinatorias. Por eso, yo pienso que lo interesante es no quedarse con una sola escuela o teoría.

F. K.: Otro tema: además de fundador, fuiste uno de los creadores de SAP. Entonces, ¿por qué te interesó crear SAP?

B. W.: Yo creo que en algún momento, un cierto grupo generacional, aunque no fuéramos de la misma generación, teníamos algunas inquietudes en esta dis-

ciplina que hubiera sido interesante transformarlas en un proyecto institucional. ¿Cuáles eran las inquietudes? Más o menos lo que fuimos hablando. Parecía importante que en esta disciplina hubiera discusiones metodológicas, no para transformar a los psicoanalistas en epistemólogos sino para que tuviesen una herramienta para ver cómo articular las distintas teorías entre sí y la teoría con la práctica; que la discusión metodológica fuese una discusión para lo que yo alguna vez dije, y Tito Maladesky me lo festejó mucho, que fuese una higiene semántica dentro de la disciplina. Es que los problemas epistemológicos no los inventaron los epistemólogos; un psicoanalista que diga que le gusta más tal teoría, está haciendo epistemología, no está haciendo psicoanálisis. Psicoanálisis está haciendo cuando dice: “A usted, señor, le pasa tal o cual cosa”, y al señor le hace bien, mal o regular. Una era esa. Pero había otra inquietud que estimular, una interdisciplina razonable, sensata, no exagerada, donde el psicoanálisis se nutriera un poco del intercambio con las neurociencias, con las disciplinas del lenguaje, y a lo mejor con disciplinas como la historia y otras. Es decir, que la formación tendría que constituir una especie de posibilidad, que la formación tenía que incluir una apertura a la interdisciplina sin transformarla en una formación humanística absoluta. Lo otro, era que esta generación tenía como proyecto posible la discusión, la polémica y el intercambio. Y que del intercambio y la discusión, a pesar de que algunos dicen que no sale la luz, era útil si podía hacerse con base en argumentos y sin descalificaciones. Por otro lado, lo que podía llamarse una formación abierta. Uno tenía la impresión de que la formación analítica tenía que tener esta amplitud interdisciplinaria, apertura al diálogo, pluralismo, para abrir las mentes a más de una versión y ver un poco cómo se articulan. Nos pareció que este proyecto tenía que ver con nuestra historia generacional, que era mucha impregnación de casi todos en la política universitaria, mucha impregnación en un servicio abierto, donde los psicoanalistas se conectaban con la salud mental como una estructura interdisciplinaria (llamado Lanús, aunque yo no haya estado). Entonces, la preocupación por problemas epistemológicos y cierta preocupación por problemas socio-políticos que no significaran transformar al profesional en un militante, pero sí en alguien sensible. A mí me pareció que estas características ilustraban un pensamiento generacional.

Si pretendíamos ese pensamiento generacional, un proyecto de estructura, de formación institucional y de discusión institucional en estructuras muy masivas parecía difícil.

Una estructura más limitada, donde ese proyecto tuviera un espacio para desarrollarse y donde además no fuera cismático, o sea, que se articulara con los otros proyectos, que hubiera un espacio de intercambio; hacer un espacio de intercambio. Nuestra idea era que si se armaba una institución, por un lado tenía que tener una conexión con la Internacional, porque mal o bien, es la que fundó Freud, era donde uno podía conectarse con gente de otros campos, por más críticas que uno pueda hacerle. Y dentro del propio espacio de identidad nacional, tener un contacto con las otras instituciones del mismo espacio. Me pareció, nos pareció, que esto no era posible en alguna institución muy extensa, que ya tenía su molde, sino que era algo que había que empezar desde el inicio y con un núcleo no demasiado extenso. Por eso es SAP.

F. K.: ¿Qué podrías agregar como primer cierre de esta entrevista, algo que yo no te haya preguntado y vos tenías pensado?

B. W.: Yo creo que en mi visión, que tiene sus límites pues es una visión personal, hay problemas de comunicación en esta disciplina que son interferentes. Hay problemas de comunicación y de formulación. Yo tengo la impresión de que los esencialismos - “tal cosa es” - cierran una posibilidad. Tengo la impresión de que el modo en que se formula la aceptación o no de trabajos, sobre todo en los congresos, no es un modo donde se premia al trabajo creativo y demás, sino al que coincide con la perspectiva del lector, que muchas veces es limitada y funciona como antes te decía: “Lo que yo no conozco, no es cierto”. Entonces, creo que los trabajos en los congresos, como muchas veces los premios y las evaluaciones, tienen limitaciones conceptuales muy grandes. Me parece que la manera de salir de eso es mucho mayor entrenamiento metodológico, no formando metodólogos sino, como señalan algunos franceses y uruguayos, desarrollando la discusión con argumentos más o menos claros y coherentes. Ese es un camino importante para el psicoanálisis. Y lo otro, el psicoanálisis debe preparar sus estructuras formales de presentación y muchas veces, sus modos de comunicación entre colegas o de evaluar trabajos que me parece que fallan en muchísimos contextos. Lo otro, yo creo que es muy válida la valoración que se hace actualmente de la clínica. ¿Por qué? No porque se trate de reducir todo a la clínica, sino porque la clínica ofrece, por todas las variantes y combinatorias que se dan en esa relación bipersonal, sobre todo cuando la relación bipersonal es entre seres abiertos. Hay comunicadores abiertos que están dispuestos a modificar, que estudian los emergentes, que de algún modo tienen cierta inquietud

metodológica por el fin del proceso, uno ve que en los consultorios, muchas veces la disciplina se desarrolla, incluso se enriquece intelectualmente.

Entonces, yo creo que esa idea de que la clínica contemporánea es mucho más que un campo de aplicación (como lo pueden decir Green, Juan Pablo Jiménez, y muchos otros pensadores psicoanalíticos), es una cosa que para mí abre muchas esperanzas. Yo creo que lo que uno nota es que en los consultorios hay un nivel de creatividad que a veces se pierde cuando las discusiones se dan en ámbitos más formales, sobre todo con la persona que tiene lo que llamamos el modelo abierto, la mente abierta a la propia sensibilidad, a la autocrítica, a la escucha, a la comunicación. Yo creo que el modelo comunicacional, el modelo del campo, el modelo de la dramática blegeriana son modelos que pueden contener muchos desarrollos teóricos porque son modelos que cabalgan sobre lo bipersonal, que es lo que decía antes.

F. K.: Si querés agregar algo más...

B. W.: Algo que dijimos con mi amigo César Garza Guerrero cuando defendimos la disciplina del ataque del libro negro. Yo creo que muchas de las críticas parten de una lectura estática de la disciplina, desde algunos trabajos de Freud o lo que se le adjudica, y que la crítica no contempla las enormes variaciones que los profesionales de la disciplina generan en sus espacios clínicos y todas las variantes que la clínica psicoanalítica ha engendrado. Se critica la clínica de Freud o a tal caso y demás... hay una enorme limitación intelectual, sobre todo en la crítica de los cognitivistas y de algunos epistemólogos, como por ejemplo el danés, que llaman psicoanálisis a algo que no es el psicoanálisis de hoy en día, más allá de las críticas que nosotros, los mismos psicoanalistas, le podemos hacer. Pero el psicoanálisis es una disciplina que por lo menos en su faz clínica, se ha movido bastante, se mueve bastante. A lo mejor en la articulación de la teoría con la clínica, pero los que diagnostican la muerte y la terminación, leen una clínica vetusta.

F. K.: Sí, que no es la que ocurre en los consultorios.

B. W.: Exactamente, no están todas las variantes que los propios psicoanalistas están introduciendo en la clínica.

F. K.: Estoy totalmente de acuerdo con que lo que hacemos trabajando, a veces no está bien comunicado. Me parece que no estamos comunicando bien sino con cierta formalidad que empobrece la transmisión.

Cuando te digo “maestro” es porque es interesante la coincidencia entre tu formación, empezando con determinados pensadores, y que luego te abrí y vas ampliando tu referencia. Y yo te digo “maestro” porque a mí me pasó lo mismo. Cuando empecé a estudiar con vos, en los inicios de la carrera, después cuando terminé la formación, hice cuatro años de cola para ser tu adjunto, y siempre me transmitiste, una enorme libertad para pensar. De parte tuya jamás hubo, y hace unos cuantos años que nos conocemos, siendo docente, supervisor, y las distintas cosas que hemos hecho, nunca tuve la menor presión sobre cómo tenía que encarar, pensar, aprender. Jamás. Siempre fue una apertura.

El primer seminario que hice con vos, yo llevé una referencia de un librito que había leído (porque todavía estaba estudiando psiquiatría) de un tal Knight (un norteamericano), y vos me preguntaste de dónde lo había sacado. Yo te dije: “Es de Robert Knight” y me dijiste que no lo conocías. Eso en el primer seminario con don Bruno Winograd, que en ese momento era uno de los docentes estrella de la APA, y después me preguntaste referencias de un detalle. Quiero decir, esto es una ejemplaridad que dio resultado.

Gracias Maestro.